

enteras. Solamente los dos niños menores hacían de vez en cuando una excursión hasta el castillo de popa, donde la señorita de la cruz negra los acariciaba tiernamente con sus descarnadas manos de enferma.



VI

RENCORES Y AMORES

UN salpición de agua que recibí en plena cara por la mañana, al alba, cuando abrí la ventanilla para respirar, me obligó á estar en cama todo el día con un turbante mojado en la cabeza, meditando sobre la brutalidad del *gran padre Océano*: el bofetón había sido tan fuerte y tan bien dado, que me hizo pegar con la parte posterior del cráneo en la pared opuesta del camarote, donde caí sin sentido en medio de un lago de agua con la boca llena de sal.

Este accidente me impidió hacer hasta la mañana del noveno día mi primera visita á los emigrantes. Ruy-Blas me anunció, al presentarme con toda dignidad el café, que el tiempo era hermoso; pero más que la infusión,

me despertó el acostumbrado concierto matutino que formaban los gorgoritos del tenor y el maullido del niño brasileño, acompañados por las notas del piano que debía tocar el hermoso ejemplar de la señorita de la carta. Entre estos rumores llegó á mis oídos una discusión iracunda que venía del camarote contiguo, ocupado por la señora del cepillo y su marido.

¡Miseria humana! No comprendía mas que alguna palabra suelta, pero el acento y la aspereza de aquellas dos voces obstinadas en su odio y animadas por un sentimiento menos ardiente y más triste que la ira, revelaban la costumbre de la disputa que nacía de una nonada, casi involuntaria, como el rebose imprevisto de pensamientos y de sentimientos malignos, á los que daban suelta por no morir ahogados. El diálogo lo interrumpían risas sardónicas y palabras sin terminar, repetidas varias veces ya por uno, ya por otro, en el mismo tono, como un estribillo injurioso y por algunos ¡calla! ¡calla! silbados más que pronunciados, en los que no se distinguía ya la voz del hombre de la de la mujer, y que parecían desgarrados por los dientes. Era como una lucha sorda de alientos envenenados, cien veces más penosa de oír que los gritos y los golpes.

¡Qué terrible cosa el odio conyugal dentro de aquel calabozo en medio del Océano: aque-

llos dos seres entrelazados para morderse, y que llevaban de un mundo á otro el infierno que los destrozaba! De repente callaron y pocos minutos más tarde, al salir yo, salían ellos también vestidos de punta en blanco y aparentemente impasibles; pero al llegar á las dos escalerillas que subían á la cubierta, se dirigieron, uno á la de la derecha, otro á la de la izquierda, sin mirarse. En el corredor me tropecé con el joven toscano peripuesto que estaba de centinela, y al pasar delante de la puerta de la señora suiza me pareció ver brillar por la abertura un ojo azul. Luego encontré al agente, que me dijo, *ex abrupto*:—Sabe usted que esos recién casados me cargan. Había oído por la noche á la novia rezar sus oraciones, y luego... mil molestias. Entre otras cosas, á ratos perdidos, estudiaban la gramática española: conjugaban los verbos á media voz, interrumpiéndose de vez en cuando para darse besos: justamente la noche anterior había escuchado un pasado remoto insoponible; quería cambiar de camarote y tenía nuevas noticias que darme respecto á otros personajes, pero le rogué que las dejase para más tarde y me fuí inmediatamente á la proa para mezclarme con los emigrantes y entrar en conversación con ellos.

Era la hora de la limpieza; la proa estaba llena de gente y el cielo claro; todo parecía pro-

picio, pero no tardé en notar, que mi empresa era menos fácil que lo que había creído. Al pasar por en medio de la gente sentada, cuidando de no pisar á nadie, oí decir á mis espaldas: ¡Paso á los señores! y al volverme encontré la mirada de un hombre del campo, que la sostuvo con aire que confirmaba atrevidamente el sentido sarcástico de su exclamación. Poco más allá, extendí la mano para acariciar á un niño, y su madre lo retiró hacia ella con mal modo, sin mirarme. No puedo decir la pena que esto me produjo.

Yo no había pensado en el estado de ánimo en que era natural que se encontrase la mayor parte de aquella gente, cuando todavía vivían tumultuosamente en su memoria los recuerdos de la vida intolerable, para cortar la cual tuvieron que abandonar la patria, y cuando ardía aún en ellos el resentimiento contra la abigarrada falange de propietarios, recaudadores, capataces, abogados, agentes y autoridades, designados por ellos con el nombre genérico de *Señores*, y á todos los cuales creen conjurados en daño suyo, como autores de la miseria que padecen. Para ellos yo era un representante de aquella clase. Tampoco reflexioné que en aquel estado de ánimo debiera serles particularmente odioso un habitante del pequeño mundo privilegiado de popa, imagen de aquel á que habían

tratado de sustraerse, y que los acompañaba también en el mar como un vampiro que iba á chuparles la sangre hasta en América. Esto supuesto era imposible que comprendiesen el sentimiento respetuoso y benévolo que me animaba, y creí imprudente trabar conversación así de pronto con ninguno. Si lo hubiera hecho me habrían creído impulsado por una curiosidad cruel de oír contar desgracias, ó me hubiesen tomado por un intrigante ó por un empresario entrometido que se embarcara en el *Galileo* con el fin de acaparar trabajadores sin tener que sufrir la molestia de la concurrencia. Todas estas reflexiones hicieron desvanecerse de repente mis esperanzas.

*
* *

Entonces tiré mi cigarro y comencé á dar vueltas mirandola arboladura y las jarcias, como si solamente me ocupase del vapor, pero con el oído atento. Ya se habían formado, como sucede siempre, muchos grupos compactos entre emigrantes de la misma provincia ó de la misma profesión. La mayor parte eran hombres del campo, y no me fué difícil percibir el asunto predominante de sus conversaciones: el triste estado de la clase agrícola en Italia;—excesiva

conurrencia de trabajadores en beneficio de los propietarios y de los colonos;—jornales miserables;—víveres caros;—impuestos exorbitantes;—largas temporadas sin trabajo;—malas cosechas;—ricos avarientos y ninguna esperanza de mejorar su condición.

Estas conversaciones tenían de ordinario la forma de relatos; relatos de miserias, de injusticias y de tunantadas. En una reunión en la que parecía que dominaba una nota de amarga alegría, se regocijaban de la rabia que sentirían *los Señores* cuando, encontrándose sin brazos, se vieran obligados á doblar los jornales ó á arrendar sus tierras por un pedazo de pan.—Cuando nos hayamos marchado todos—decía uno,—les tocará á ellos morir de hambre; y otro:—No pasan diez años sin que *se arme* la revolución; pero los que pronunciaban las frases más atrevidas hablaban más bajo; y después de haber mirado alrededor, porque muchos temían, como supe luego, que hubiese á bordo un servicio de policía secreta por cuenta del gobierno. Había grupos de labradores calabreses con sus abrigo de capucha y sus abarcas; pero de éstos, pocos hablaban.

En otros grupos se trataba del mar y de la América y se conocía fácilmente á los que habían estado allí por la atención con que los demás los escuchaban y por la voz alta y el tono

de seguridad con que peroraban: porque es increíble cuánto puede la vanidad aun en aquellas angustias y cuán fuerte es el deseo de darse á conocer, de levantarse un pedestal, aunque sea entre aquella pobre muchedumbre, para demostrarse superiores á la miseria que les rodea y en la cual están sumidos.

*
*
*

A los que se oía hablar con más frecuencia era á los Ligures, que casi hubieran podido conocerse sin oírlos por su aspecto resuelto y semi fanfarrón nacido de la conciencia de su espíritu comercial y marinero y los cincuenta años de emigración de su raza. Se daban aires de encontrarse en el vapor tan cómodos como en su propia casa. Los montañeses, por el contrario, casi todos inmóviles y taciturnos como aterrados por la vista de aquel inmenso plano uniforme tan distinto del estrecho interrumpido é íntimo horizonte de sus sierras, gargantas y cordilleras. Entre los muchos que estaban de pie extáticos como autómatas, ó acurrucados como fieras, había otros espíritus ligeros y alegres á quienes las novedades y el contacto con la multitud excitaban como el vino, los cuales

vagaban de un grupo á otro, dirigiendo la palabra á todas partes y sonriendo á la gente y al mar, como si supieran que iban á encontrar montes de oro á su llegada.

Por las muchas parejas de hombres y también de mujeres que charlaban tranquilamente sentados uno frente á otro como en la puerta de su casa, fumando ó dedicados á labores, se comprendía que ya habían comenzado á formarse esas intimidades de viaje, algunas de las cuales continúan ó se reanudan después de muchos años en América, siendo las predilectas porque llevan toda la vida el sello que las hizo nacer, la necesidad de comunicarse mutuamente las expansiones y darse recíprocos alientos en vista de un incierto porvenir.

Las mujeres formaban grupos con los chiquelos en brazos como en las plazuelas y rinconadas de las calles. Cerca de la *cambusa*—la hostería de la tercera clase—ví á las coristas lombardas riendo con desenfado teatral, en medio de un grupo de jóvenes suizos, los cuales quizá, con intención política, usaban todos gorra de paño rojo y suplían con mímica muy elocvente su falta de conocimiento de la gramática milanesa. Encontré á la boloñesa gorda con su inseparable bolsón en bandolera, perseguida por mil miradas curiosas, paseando sola con pasos de *prima donna* en escena, contem-

plándose continuamente los pies con un gesto de náusea para evitar manchárselos. En efecto, la cubierta llena de trozos de papel, de cáscaras de manzana, de migas de galleta, de un poco de todo, tenía la apariencia de un campo en que hubiese vivaqueado un regimiento; y en general, la fisonomía y el vestido de los soldados no discordaba del aspecto del terreno; por el contrario, muchas caras parecía que conservaban intactas las escamas del día de la partida; pero guardé en mí, al verlas, las palabras de censura que se me escapaban, porque pensé que los emigrantes alemanes encuentran en Bremen, antes de embarcarse, comida, alojamiento, y baños para descansar del viaje por tierra, mientras que los nuestros duermen por las aceras de las calles hasta el instante de ir á bordo.

*
**

Me dirigí al lado de los depósitos de agua dulce. La hermosa genovesa continuaba allí con su cuerpo blanco y su falda azul, cosiendo, limpia y fresca como una flor, entre su padre y su hermanito; pero los admiradores se habían aumentado: ahora tenía á su alrededor y á di-

versas distancias, una docena de pasajeros que la acariciaban con los ojos, bromeando unos con otros y hablándose al oído con guiños y ojeadas que no dejaban duda sobre la índole á que pertenecían las sensaciones de su admiración; otros se acercaban, se alzaban sobre la punta de los pies para verla, y volvían á marcharse; era ya famosa y parecía estar destinada á ser el gran éxito de la sociedad de proa, pero su celebridad no la había hecho cambiar en nada. De vez en cuando levantaba sus plácidos ojos azules como si en lugar de hombres hubiese tenido delante árboles y con la misma graciosa dulzura volvía á bajar la cabeza sobre su labor, ofreciendo de nuevo, como sin saberlo, á aquellas miradas, su bellísima nuca blanca y el soberbio apretado nudo de sus doradas trenzas.

¡Ah, pobre cocina de la tercera clase! Al volverme hacia la ventana de ella, ví la faz encarnada del cocinero con la frente arrugada y los ojos fijos: indudablemente ardía una pasión entre las cacerolas; la salud pública estaba en peligro; al observarlo, ví que su mirada, separándose de la joven, tomaba una expresión más terrible, y siguiéndola dí con mis ojos en la cara de uno de los admiradores que me distrajo del cocinero.

Era un joven quizás de menos de veinte años, delgado é imberbe, con dos hombros que pare-

cían dos perchas; un aspecto entre maestro de escuela y escribano de esos que van á América en busca de empleo: sentado sobre un barril, tenía la vista fija en la joven, con expresión de amor tan ferviente, de adoración tan humilde, que hubiera arrancado una mirada compasiva á una mujer de mármol; parecía estar solo á bordo, y llevaba un cinturón de cuero amarillo que debía contener todo su capital. Lo observé un rato y le ví siempre con los ojos fijos, húmedos, animados por una ligera sonrisa triste, como de lástima de sí mismo, y con todo su cuerpo inmóvil en la actitud de quien se contenta con admirar sin esperanza alguna, y hubiera estado allí por toda su vida. En todo aquel tiempo la joven no pareció fijarse en él, que languidecía allí solitario, como el anacoreta estilita sobre su columna; y el calor de su ignorada pasión se perdía en el espacio como el humo del *Galileo*.

*
* *

De allí salí al castillo de proa, que estaba lleno de gente; al llegar oí decir á mi lado, *ya vienen aquí al teatro*. Aquel *vienen* era naturalmente por mí; mi acogida aquí fué peor que en los otros sitios, con miradas atravesadas volvién-

dome la espalda y no solo con esto: *sub terris tonuisse putes*.

Pensé, y no me engañaba, que aquella era una especie de *montaña roja* donde se reunían los emigrantes de ideas más revolucionarias; los que necesitaban separarse para tener conversaciones arriesgadas, y que desde allí, como desde un centro de descontentos, debían nacer las protestas contra el rancho y las conspiraciones contra el reglamento. Había fachas atrevidas, de mal cariz, y se notaban actitudes de matones de reemplazo.

Debían ser solteros ó pertenecer á la categoría muy numerosa de los emigrantes que dejan en su casa á la mujer, después de dos ó tres años de matrimonio, ya porque se vean obligados á emigrar por las necesidades nacientes de la familia, ó porque al hacer el primer experimento de la vida conyugal les ha molestado, y pretenden escapar por ese camino.

En un grupo reconocí al viejo alto que había enseñado el puño á la patria la noche de la salida. Un tipo de aventurero delgado, con los ojos inyectados en sangre, las cuerdas del cuello que parecía iban á romperle la piel. Vestía un muy usado gabán verde, que parecía de desecho de un cómico, y la cabeza descubierta dejaba flotar sus rizos grises. Hablaba alto con acento toseano y accionaba con el índice

extendido. Desde lejos oí la palabra *hambrones*, y recibí una mirada de alto á bajo, como una es-tocada á fondo, que me hizo alargar el paso.

Junto á la puerta del torno tocaba un gaitero, pero el viento arrebatava las notas, y nadie hacía caso. Algunos, sentados en círculo sobre las tablas, jugaban á las cartas, y en la extrema punta del buque, sobre el tajamar, se veía en pie la extraña figura de un saltimbanqui de cara larga, huesuda y aceitunada, iluminada por dos grandes ojos verdes; los cabellos negros le caían sobre los hombros y cruzaba sobre el pecho sus brazos remangados, en uno de los cuales tenía tatuadas las iniciales A. S. y una cruz; y al verlo así, rígido y triste en aquella soledad, ya levantándose, ya descendiendo como si bailase en el aire siguiendo el fuerte movimiento de la proa, parecía la imagen personificada de todas las tristezas y de todas las miserias acumuladas en aquellas tablas; el símbolo vivo de la existencia errante y del destino incierto de todos.

No encontré allí más que una mujer, una anciana sentada en una tabla al lado de su marido, también viejo. Ambos tenían los brazos cruzados sobre las rodillas y la cabeza apoyada en ellos, de modo que no se les veía la cara sino los cabellos canos y ralos, los cuellos rugosos, que demostraban haber pasado ya de los setenta, extendidos en actitud de abandono y

de cansancio mortal. ¿Qué iban á hacer en América? Tal vez á reunirse con sus hijos. Nada había visto hasta entonces á bordo más digno de compasión que la vejez avanzada, y casi tocando en la muerte, de aquellos dos que emigraban á la tierra de la lucha y del porvenir. Me incliné para verlos: dormían. A pocos pasos de ellos, de pie junto á la borda, encapuchado y solitario, estaba el fraile que iba á la Tierra del Fuego; una cara impassible de cera con los ojos profundos.

*
* *

Al bajar del castillo de proa me encontré frente á frente con el médico, un napolitano parecido, como se parecen dos gotas de agua, á Giovanni Nicotera; pero con los ojos y los modales de otro; porque eran deslavazados y flemáticos, caso no raro de extraordinaria semejanza física entre personas de naturaleza opuesta.

Bajé con él á la enfermería, especie de salón oblongo alumbrado por lo alto y con dos filas de literas alrededor. Había un niño con sarampión, un niño hermosísimo, de cabellos rubios y rizosos, encarnado por la fiebre; á su lado, en

pie, una campesina de los alrededores de Nápoles, una mujerona, que apenas vió al médico se echó á llorar enjugándose las lágrimas con el envés de las manos. El doctor examinó á la criatura y dijo á la madre en tono de censura:—La enfermedad sigue su curso; no hay por qué inquietarse, debe desechar esa idea; y me explicó que algunas mujeres le habían amargado el alma diciéndole que si ocurría una desgracia arrojarían el niño al mar, y este pensamiento la desesperaba; después preguntó en alta voz, dirigiéndose á otra parte.—Y usted ¿cómo está?—Entonces ví aparecer en una de las literas baja la cabeza de un viejo macilento que, á pesar de la oposición del facultativo, echó fuera las piernas y se sentó al borde de su cama; estaba vestido y respondió con voz imperceptible:—No me encuentro muy mal. El médico lo examinó y movió la cabeza; tenía una pulmonía grave y debía haberse metido en cama el día después de la salida.

Era un Labrador de Pinerolo que iba á la Argentina á reunirse con un hijo suyo. Le pregunté en qué parte de la República estaba, y me dijo que no lo sabía. Su hijo menor había partido á la Argentina tres años antes, dejándolo en casa con otro que había muerto; el ausente le escribió que se fuese con él, enviándole un *bono* para el pasaje, pero sin enviarle la direc-

ción, porque trabajaba en los caminos y cambiaba de alojamiento; mas le había indicado la manera de encontrarlo; y al decir esto, el pobre viejo metió su descarnada mano en un bolsillo del pecho y sacó un manojó de cartas sucias y rotas que comenzó á repasar con los dedos temblorosos. En aquel momento un brusco movimiento del vapor le hizo dar un fuerte golpe con la cabeza calva sobre el techo de su litera; se pasó la mano para sentir si se había hecho sangre, y continuó repasando los papeles: sobres rotos, cuartillas con números—tal vez las últimas cuentas con el propietario,—un recibo, un calendario; por último, encontró medio plieguecillo arrugado, en el que, con caracteres gruesos, llenos de borrones y casi ilegibles, estaba escrito el nombre de un pueblecillo de la provincia de Buenos Aires, en el que en el número tantos de la calle de tal, le daría hospitalidad una familia piamontesa, donde iría á buscarlo antes del mes un compatriota, su compañero de trabajo, que lo llevaría al lugar en que estuviese su hijo, su Carlos. Con aquellas indicaciones, viejo, enfermo, ignorante de todo, había partido en dirección á América.—Temo—me dijo el médico al salir—que haya emprendido su viaje demasiado tarde.

*
* *

Y quiso que fuese con él á ver «el nacimiento». En un rincón de la proa, formado por una jaula de pavos y un tonel arrimado á la obra muerta, bastante apenas para contener un saco de carbón, había hecho su vivienda una familia de cinco personas, y pasaban allí el día pegadas entre sí y á las paredes de tal manera, que se creía que se habían metido allí por broma. Era una familia de campesinos de las cercanías de Mestre, compuesta de marido y mujer aún jóvenes, y ella en cinta, en meses mayores; dos gemelos varones de seis años, y una niña como de nueve, con la cabeza vendada. Ésta hacía media delante de todos; los chiquillos, rubios, estaban como prisioneros entre las piernas de su padre, que fumaba la pipa apoyando las espaldas en la borda y con un brazo extendido hacia su mujer que le remendaba la manga. Pobres, pero limpios; seis rostros que dejaban ver un aire de bondad y resignación serena; al acercarse el médico, el marido se levantó sonriendo y le dijo que la chica estaba mejor: se había herido dos días antes al caerse por la escalera del dormitorio.—¿Y cómo anda la cocina?—le preguntó el médico. El campesino iba diariamente á la co-

cina, como otros emigrantes, á mondar patatas y á partir judías bajo la dirección de los pinches, que le recompensaban su trabajo con un vaso de vino. — Va bien—contestó,—al menos se bebe.

Y el cuasi cocinero era un hombre original. Después le preguntamos y nos contó su historia: Un tío suyo le había dejado una tierrecilla con la cual podía medio vivir, trabajando por dos; pero como tenía mala suerte, todo le salió mal; la tierra estaba hipotecada; además, ciento diez pesetas de contribución, dos malos años al principio; por último, allí se había roto el alma cinco años sin poder salir adelante, y vaya, que su mujer ayudaba al trabajo como un hombre; pero eran cinco bocas, y tres no servían. Reventarse, estar lleno de deudas, no comer sino maíz y siempre maíz y ver que los chicos estaban cada día peor; luego una grave enfermedad de la muchacha, y finalmente un rayo que le mató la vaca; entonces, ¡adios mi dinero! lo había vendido todo; quería ver si en América se podía ir tirando de la vida; buena voluntad y valor no le faltaban, pero tenía mala estrella. En esto dijo con viveza:—Niños, salud, que viene la señorita.

Y me admiró ver adelantarse en medio del bullicio de la proa á la señorita de la cruz negra con su vestido color verde mar, apoyada en el

brazo de su amiga, más pálida y delgada que nunca.

Se acercó á la familia, preguntó en veneciano á la niña cómo estaban, pasó la mano por la cabeza de los gemelos, sacó del bolsillo un paquete que debía ser de frutas ó confites, y se lo dió con la gracia fatigada de los enfermos y con su sonrisa melancólica y dulcísima.

El médico, llamándome aparte, me decía entre tanto, que también la señorita era de Mestre y que había reconocido durante el embarque á aquella familia de campesinos; era hija de un ingeniero viudo que dirigía los trabajos de un ferrocarril en el interior del Uruguay hacía dos años, é iba con su tía, que tenía uno más que ella, para verlo por última vez.

Iba á pedir la explicación de estas palabras, cuando la señorita tosió y no tuve que concluir la frase. Al mismo tiempo el médico me indicaba una mujer sentada allí cerca, sola, que miraba á aquella familia con ojos vidriosos y como asustados, en los que aparecía el rastro de un sentimiento de envidia y el pensamiento fijo de un afecto perdido. También aquella era veneciana é iba á reunirse con un hermano suyo en Rosario, porque dos meses antes, en una riña, le habían matado su marido á puñaladas.